

Escribamos una historia. Tiene que ser una historia de aventuras, quizás una historia de espionaje y misterio; un cuento punk. Debe construirse sobre una ansiedad, un malaise, un miedo. A lo mejor en mi barrio, o tal vez en el futuro. Necesitaremos un giro o dos, alguna trampa para mantener el ritmo, reavivar el interés. Será una historia de ficción sin serlo del todo. Estas cosas han pasado, aunque quizás no a mí, quizás no así, no con esas palabras. No quiero escribir algo que no sea cierto. Ni quiero escribir un diario, ni escribir sobre mí. Quiero escribir sobre nosotros.

Contra mis mejores instintos, necesitamos un protagonista. Siempre me resisto. Me gustaría escribir todo así, sin contar nada, pero sin cerrar ninguna puerta. Un protagonista se lo puede cargar y hacer que la historia se atasque, que pierda interés. El protagonista es un hombre que me cae mal. Es un hombre porque es también un poco yo, una de mis peores partes. Por el momento, el protagonista solo será una palabra, nada más. Podrá ser cualquiera, pero se llama... No, no quiero. Normalmente usaría el nombre de algún amigo o conocido, facilita ponerles cara, se perciben más reales. También hace que tengan algunos vicios propios del dueño del nombre, y hay cosas que ya no pueden o ya no quieren hacer. En cambio, si los invento, salen nombres como de circo o de señor mayor. Quisiera no ponerle nombre a este protagonista que ya me cae tan antipático. Pero lo llamaré Telmo. Telmo era un bebé bastante lindo, con una cabeza gigantesca, que conocí en Donosti. Dale, Telmo, adelante, bienvenido. No tengas miedo Telmo, todo va a salir bien.

Y ahora la parte difícil: escribir la historia. Hay que encontrar un inicio, algún tipo de trama, si cabe quizás un desenlace. Ahora mismo, mientras escribo esto, no tengo nada de nada. Solo tengo a Telmo, y parece un poco atontao. ¿Imaginas escribir un cuento porque quieres contar una historia? Eso debe de ser facilísimo. Si supiera lo que quiero contar ya estaríamos bien metidos en faena. Si tuviera una historia que contar no escribiría un cuento. No. Esto es otra cosa. La historia que vamos a escribir no es un cuento, sino un grito, es una venda arrancada a una herida abierta.

Vamos a usar esta fórmula: colocar a una persona normal en una situación anormal, y ver qué sucede. Telmo despierta en un piso en el Raval, está todo lleno de basura, el olor es atroz; en la cocina un travesti prepara unas puntas de spid mientras canturrea una copla; entra por la puerta Gabi con cinco perros, uno de ellos se sube al sofá y comienza a lamer la

cara de Telmo, que escuece; no sabe dónde está ni cómo llegó allí; Gabi se acerca y le dice con un fuerte acento argentino “ché, Pol, ¿ya descansaste?, ¿ya recordás cuándo viste a Telmo por última vez?”. Telmo vuelve desde Mallorca, las velas recogidas, arrullado por el motor y el balanceo en el mar sin olas; se despierta sobresaltado en una noche oscura, cree que ha escuchado un golpe, pero no se ve nada, y además no puede ser, no hay nadie; el motor suena forzado, tras hacer todo tipo de comprobaciones, Telmo se asoma a la popa para revisar el timón; la linterna ilumina la superficie del mar, que parece tener un reflejo extraño, se estira, mete la mano y la saca cubierta de un líquido denso y rojo que bien podría ser sangre. Ese tipo de paridas. Más como la primera, me temo.

Esta historia la escribimos en presente y en directo. Y desde fuera: vemos a los personajes hacer cosas, dialogar, pero no estamos dentro de sus cabezas, no sabemos qué piensan. Permite guardar cierto misterio, destierra los flashbacks y las reflexiones, resulta en un ritmo rápido que me gusta mucho. Se puede hacer en primera persona, pero te estaría obligando a ser Telmo, o al menos a ver por sus ojos. Le seguiremos, pero un poco de lejos, guardaremos cierta distancia. Porque siento que si somos Telmo le cogemos cariño de puro instinto de supervivencia, también un poco por el Síndrome de Estocolmo.

Hay que mencionar un libro sobre el que parece que pivotamos, para que la historia no acabe siendo su esclava. Se trata de Prochain Épisode, en castellano Siguiente Episodio, o quizás Siguiente Capítulo. Es de Hubert Aquin, escritor quebequés, se pronuncia Akán. En Prochain Épisode, escrito en 1965, Aquin convalece en un hospital mental y narra al mismo tiempo una confusa historia de espías y terrorismo internacional, y el propio ejercicio creativo de construir la novela. A medida que avanza el libro, Aquin se pregunta qué hacer con la historia en el siguiente capítulo. La realidad y la ficción se mezclan: Aquin estaba efectivamente encerrado en una institución de salud mental cuando lo escribió, sus reflexiones parecen sinceras, y en cambio la trama de espionaje es onírica e implausible. El libro comienza así: Cuba se hunde en llamas en medio del lago Lemán mientras yo descendo al fondo de las cosas. Es un libro extraño.

Pues sí, ¡qué gran idea! Vamos a cambiar de protagonista, a Telmo por Aquin. Es un nombre que va a inspirar mejor poesía. Hubert Aquin no solo escribió libros y produjo cine, también fue un activista político por la

independencia de Quebec, cuya deriva hacia la lucha armada fue frustrada en un primerísimo estadio por las fuerzas de seguridad del Estado Canadiense; fue acusado de terrorista. También, ha sido dicho, fue institucionalizado, y fue declarado loco. Es un protagonista fabuloso. Lo va a hacer todo bien. Va a funcionar de puta madre.

Aquin está en su apartamento de la Barceloneta, las paredes acercándose poco a poco, oprimiéndole, amenazando con caerle encima. Espera desde hace dos horas. Habían quedado a las 11h. Cuando salía de casa le escribió Telmo y le dijo que no, que se acababa de despertar, que fuera en una hora. Y luego que no otra vez, que tiene que pasear a los perros, que a las 14h. Aquin se fuma los cigarrillos en dos caladas profundísimas, se sirve un vaso de agua y no lo puede beber, se levanta para ducharse y se vuelve a sentar. Se tumba, cierra los ojos. Se incorpora y mira el móvil. A las 13h20 sale de su casa en el carrer del Mar. Camina muy rápido, oculto tras unas gafas de Sol. La cazadora le queda un poco pequeña. Lleva las manos en los bolsillos, en la derecha aprieta con fuerza una navaja. Al entrar en el paseo casi choca con un señor mayor en camiseta, que parece una bolita y tiene Tourette, y que grita ¡cuidado, cuidado, cuidado!

Ya sé a dónde se dirige Aquin, conozco ese sitio. Va a estar muy sucio, es el de los perros de más arriba, en el Raval. No se puede usar tal y como es en realidad, no sería práctico. Aquin no se podría sentar y sus habitantes no nos servirían de nada; los vamos a tener que adecentar si queremos que intervengan en la historia sin que se convierta en una parodia.

Aquin espera y espera. Y espera un poco más un poco más espera espera un poco espera un poco más espera un poco un poco más espera poco un poco espera más más espera un más

Aquin sube de dos en dos las escaleras destartadas de un edificio del Raval. En la planta cuarta, que es un sexto real, le espera una puerta abierta. El apartamento es viejo, y apesta. El suelo de madera está levantado, las puertas y los marcos de las puertas hinchados por la humedad. Hay basura en todas partes, la entrada parece un vertedero de zapatos y correas de perro. Y apesta. Telmo le invita a gritos a entrar en el salón. Una planta muerta se reseca frente a una ventana enrejada. En las paredes hay algunos carteles, y en una estantería esquinera se amontonan muñecos, unos cocos, un abanico, un vaso de chupito. Cinco perros de diferentes tamaños rodean a

Aquin, le olisquean. Le conocen demasiado bien, y pronto pierden el interés. Telmo está tirado en un sofá en calzoncillos y bata verde. Tiene los ojos rojos e hinchados. Está haciendo un esfuerzo por mantenerlos muy abiertos, intenta tener buen aspecto, es horrible. Tiene delante una mesa llena de bolsitas, restos de droga, parafernalia y colillas.

—¡Hola amigo! —saluda Telmo, sonriendo sin ganas.

—¿Qué pasa, Telmo, merdellón? Eres un tío serio, ¿que no? Llevo tres horas y media esperando, creía que te estabas poniendo guapo. Y cuando me abres parece que lleves cinco días sin dormir y hueles a choto, ¿qué coño has estado haciendo, tío?

—¡Qué hijoputa! Tenía que pasear a los perros... ¡quiere a alguien, yonki de mierda, engánchate a la vida! Siéntate un rato.

Aquin se sienta. Es un sofá muy bajo, la cabeza le queda solo un poco más alta que las rodillas. Sacude la pierna derecha a toda velocidad, arriba y abajo, arriba y abajo. Enciende un cigarrillo. A través de la puerta del pasillo se escucha vaciarse una cisterna y al momento aparece un transexual con un vestido naranja cruzado, pero sin cruzar. Se agacha frente a la mesa y se pone un tiro en una esquina con ayuda de una tarjeta sanitaria. Se levanta con dificultad y, con el vestido completamente abierto, le dice Buenordíah a Aquin, antes de marchar a la cocina. Ahora canta una copla de Antonio Molina.

—Y entonces... —comienza Telmo, riéndose solo —¿has venido a verme por algún problema burocrático, algún tema legal quizás? ¿Necesitas asesoramiento fiscal? Si quieres te paso con mi abogado...

—Que sí, que sí, que eres un payaso.

—¿Cuánto quieres?

—Sesenta.

Telmo se estira sin levantarse del sofá, y alcanza con una mano el cajón de una mesilla de noche que sujeta una lámpara sin pantalla. Intenta sacar una caja que queda al fondo. Aquin se levanta, da un paso hacia el sofá y saca la navaja del bolsillo de la cazadora. La abre y aprieta la punta contra las costillas de Telmo, que no ha visto nada y se revuelve asustado.

—¡Calla! —grita entre dientes Aquin mientras le apoya el cuchillo en el esternón.

Aquin ha resultado ser un poco quinquí. Apuntaba maneras, con lo del yonkerío, la navaja y tal. Todavía no sé bien lo que quiere.

Supongo que dinero y drogas, es lo único que puede haber en esa casa, aparte de la chica de la cocina y los 5 perros, que están mirando a Aquin atentamente. Y, ahora que me doy cuenta, hay otra persona en esa casa. Una persona se levanta de la cama en una de las habitaciones.

Aquin aleja un poco la navaja, se incorpora, relaja la postura. Telmo se endereza en el sofá, aprieta la mandíbula. Sus pupilas han encogido, la adrenalina le ha quitado el pedo de golpe.

—No vamos a ponernos nerviosos, Telmo, tú cálmate. Solo quiero hablar. En dos minutos habremos acabado. Pero no quiero que grites. Quiero hablar contigo, no con tu amiga ni con tus perros. Cualquier cosa que no seamos tú y yo hablando acabará mal. ¿Nos entendemos?

Telmo no contesta. Aquin baja un poco la cabeza, tuerce el gesto. Mueve la navaja con un giro de muñeca, amenazante. Respira lentamente, habla con voz muy grave.

—Dame la caja del mueble. No hace falta que cojas la pipa. —Telmo saca una caja de madera de la mesilla, y se la da a Aquin— Dame la lata. La lata de dinero. La lata que tienes debajo del sofá —Aquin acerca la navaja, Telmo se retuerce y hurga detrás el sofá.

Los dos perros más grandes se han sentado en el suelo, sin apartar la mirada. Los más pequeños rodean a Aquin, gruñendo. En la cocina continúa la copla. Se escucha la cisterna una vez más, y la puerta del baño que se abre y se cierra.

—¿Quién más está ahí? ¿Quién es?

—No tiene nada que ver contigo, Aquin, no quieras pasarte aún más de listo, yonki de mierda. Tú preocúpate por tus cosas, que a ver cómo sales de ésta. No te metas en más líos. Vete ya, hijodeputa, antes te marchas antes te puedo salir a buscar.

Aquin se acerca a la puerta que da al pasillo y a las habitaciones y al baño, sin dejar de mirar a Telmo. De golpe avanza la mano, gira el pomo de la puerta y la abre. Telmo grita. Al fondo del pasillo, en el quicio de una puerta, hay una chica de pelo rizado que mira espantada a Aquin.

Ahora lo único que tiene sentido es que la chica de pelo rizado y Aquin se reconozcan. De antes. A lo mejor se amaban, o a lo peor se odian. Yo también reconozco a esta chica. De otra historia: desaparecía de repente, y al final su nombre era falso y no había quien la encontrara. Entonces tenía el pelo blanco. ¿Qué hace aquí? Podría estar escondida o

secuestrada o de visita. Si Aquin fuera hacia ella acabaríamos negociando con Telmo a través de una puerta, y yo necesito salir de esta casa ya. Así que, para darme un poco de aire, Aquin parece reconocer a la chica de pelo rizado y comienza a huir.

Te voy a ahorrar la escena de la huida. Te ahorro los gritos de Aquin, y los perros que ladran y le saltan a los tobillos. Pero apuntaré un detalle: Telmo se levanta del sofá y, en vez de ir a por Aquin o buscar un arma, salta hacia la puerta del pasillo y la cierra con un portazo.

Aquin sale corriendo del portal, agarrando con fuerza la caja de madera. Se adentra en el carrer del Malnom y al girar la esquina se acuclilla junto a unos cartones que quedan contra la pared. Abre la caja. Hay una bolsa de supermercado con muchas bolsitas con plastinado. Y otra bolsa transparente llena de pastillas azules con forma de nube. Y también un paquete pequeño de papel marrón, cerrado con celo. Dentro, una bolsita transparente de zip, y dentro, envuelta en papel de plata, una cajita rectangular de plástico, un pastillero. Aquin levanta la tapa y ve cinco huecos con cinco pastillas blancas redondas, como perlitas. Una cabeza ha surgido sobre los cartones, repite mi mi mi mi. Aquin le da parte del botín, guarda el resto en la chaqueta y sale corriendo.

Aquin está sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra un contenedor de basura en el carrer de la Lleialtat. Con la mano derecha hace una llamada con el móvil, mientras con la izquierda sujeta la cajita de plástico.

—Telmo, soy yo. Que sí que sí que sí que sí, calla ya. Telmo, suelta a Mariam. No te va a dar nada, no te sirve para nada. Suéltala —Aquin calla y aleja el móvil de la oreja, los gritos de Telmo se escuchan en el pequeño altavoz del móvil como si fueran los ladridos de un cachorro.

—Telmo, basta ya. Tengo las pastillas, hay cinco. No hay más, sé que no hay más. Sin las pastillas no tienes nada, Telmo, ella no te va a conseguir más. Así que vamos a hablar. Suelta a Mariam y te doy las pastillas. No, no voy a ir a tu casa. Tú sueltas a Mariam, ella me llama desde un móvil, y si veo que está sola te digo dónde he dejado la caja. ¡Pues si no te vale no hay trato! ¡Que me da igual a quién hayas llamado, me dan lo mismo! ¡Y tú a quién llamas yonki de mierda, si vives en una puta perrera!

Aquin cuelga el teléfono, lo deja en el suelo. Unos niños con un bate de cricket le están mirando. Enciende un cigarrillo, y ofrece uno a los niños, que se marchan corriendo entre risas. En la persiana de un comercio cerrado

alguien ha escrito Esta conversación podría haber sido un email. Aquin mira de nuevo la cajita. La vuelve a abrir. Una, dos, tres, cuatro y cinco. Da una profunda calada al cigarrillo, lo apaga en el suelo a su lado, y recoge el teléfono.

—Telmo, escúchame. Escúchame. Escúchame, Telmo. Escucha, escucha, escucha. Que sí, que sí, escúchame un momento. Telmo, suelta a Mariam ahora mismo o me tomo las pastillas. Sí, sí. Si me las tomo ya no te servimos de nada. No tendré nada que interese a esos matones con los que has hablado. ¿Para qué querrían buscarme y darme una paliza? Tú llámales y les dices que me las he comido, a ver qué tal. Y en cambio... en cambio, Telmo, si me las tomo ya nada podrá impedir que vaya a tu apartamento y saque a Mariam de él. Nada podrá pararme. Que sí, escucha, escucha... Escucha Telmo: tienes diez minutos; libera a Mariam, dale un móvil, dile que me llame, luego te llamaré yo y te daré las pastillas. Si no te cuadra, quédate tranquilo esperando en casa, que ahora llego.

¡Ah, mira qué macarra! Se le ve lindo tirado por el suelo, entre la basura, lanzando un ultimátum. Es la amenaza de una persona desesperada, que se ve derrotada, que aún puede hacer mucho mal. Obviamente se va a comer las pastillas, quiero saber lo que hacen. Vamos hacia una bonita batalla final, será un buen viaje. Pero hay algo que no encaja: conozco a Mariam, no le pega nada estar esperando. No le pega nada estar aquí.

Aquin sigue sentado en el suelo, mirando el móvil. Si suena, pedirá a Mariam que vaya hacia la ronda, y la observará desde lejos para asegurarse de que está sola. Pero no suena. Han pasado ocho minutos, nueve ya. Aquin se levanta, guarda el móvil y comienza a caminar.

Entra en la calle Guifré y se oculta en un bajo en obras, tras unos sacos de escombros. Allá al fondo, en la calle de la Luna, queda el portal de Telmo. No hay mucha gente, solo unas señoras que conversan en la cola de la carnicería islámica. Aquin abre la caja de plástico y la vuelca sobre la palma de la mano. Se lleva tres pastillas a la boca y tira el resto. Enciende un cigarrillo, la mirada fija en el portal 16. Cuenta las plantas del edificio: entresuelo, principal, primero, segundo... El cuarto no tiene balcón, solo un ventanuco con una reja. Comienza a estremecerse y a sentir un cosquilleo en la punta de los dedos, y un calor que le sube por la espalda y se concentra en la base del cráneo.

Mariam sale en este momento del portal 16, la cabeza gacha cubierta con un jersey, y baja la calle de la Luna con rapidez.

Aquin podría verla, pero no ve nada; todo lo percibe distorsionado, un ruido le ciega y le ensordece y le impide pensar. Siente que circula fuego por sus venas, que sus entrañas arden, y sus huesos crecen y se desencajan.

Mariam tuerce la esquina de un callejón y se echa a correr. Al llegar al final se gira para ver si alguien la sigue. En la mano lleva un nokia con un teléfono marcado, pendiente de iniciar la llamada. Mira hacia arriba, lanza el móvil al balcón de un primer piso, y sale corriendo.

Aquin tiene los brazos alzados y la cabeza echada hacia atrás. Vibra con la fuerza telúrica del Raval ascendiendo por sus piernas, por sus ingles, subiendo por sus costados y su columna, radiando hacia el cielo una energía sucia y brillante y ruidosa. A sus pies se acumulan escombros y basura, y sobre su cabeza enormes nubes negras que estallan en una tormenta de rayos y truenos y lluvia torrencial.

El lado de los números pares de la calle de la Luna es una muralla de piedra con docenas de cañones asomando por sus troneras. En el número 16 hay un torreón, y en su base una enorme puerta de metal. La protege una mujer fortísima, con una capa naranja y el pene al aire, que sujeta con cadenas a cinco bestias rabiosas y grita ordinarieces.

Llegan gritos también desde más arriba: Aquin, hijo de puta, yonki de mierda. Telmo está resguardado en lo alto del torreón, en una sala de tiro rodeada de saeteras. Saca una mano con un revolver y dispara varias veces.

Aquin no se inmuta. Está encorvado, mirando al suelo. Su cuerpo enorme está hinchado, enrojecido. En su espalda se acumula un bulto de basura del que surgen dos alas gigantescas hechas de metal, piedra y plástico. Las extiende por encima de los tejados del Raval y, con una fuerte sacudida, se eleva y comienza a volar frente al torreón del 16. Adelanta la mano izquierda con la palma hacia el suelo; de golpe la cierra en un puño y la calzada se agrieta, dejando a la vista un estrato de esqueletos humanos y tuberías de desagüe a lo largo de toda la calle. Los huesos se sacuden, se arrancan del suelo y se arremolinan entorno a Aquin, incorporándose a su armadura. Ahora tiene un casco hecho con el cráneo de un señor llamado Ginés, y los brazos cubiertos por húmeros anudados entre sí. Las enormes alas de escombros se articulan alrededor de unos gruesos fémures que se pliegan y despliegan con el ruido de una demolición. Aquin se arranca el pecho con las manos, que son garras de acero, y bajo su esternón y costillas se

adivina un fuego esférico que palpita y gira sobre sí mismo, que emite un chirrido metálico muy agudo, y tiñe la muralla con un brillo rojo oscuro.

Con otro gesto de la mano, Aquin arranca de el MACBA y, convirtiéndolo en una enorme bola voladora de mármol blanco y papel, lo proyecta contra el torreón, arrancándole la parte superior. Telmo, herido, asoma entre los escombros. Grita:

—¡Aquin, ya vale! ¡Ya vale, tío! ¿A qué viene esto? Hicimos como dijiste, dejamos marchar a Mariam, le dimos un móvil, hasta le marqué tu puto número. ¿No te llamó? ¡No te llamó!

Aquin bate las alas lentamente. Ya no escucha ya no entiende. Solo siente una rabia que le desborda, y cuanto mayor es esta rabia él más se pierde en ella. Sus ojos parecen profundos pozos. La esfera de fuego de su pecho crece con cada palpito, las llamas escapan entre sus costillas, ascienden hasta envolverle la cara. El cielo se parte con un grito terrible y Aquin se alza frente a la muralla con las alas extendidas, como un ave de fuego, piedra y huesos, y se arroja de frente contra el torreón del 16, destruyéndolo por completo.

Es verdad que el final trágico era un poco predecible, pero es la mejor forma de acabar: te cargas al protagonista, y ya no hay muchas más explicaciones que dar. De todos modos, lo de las perlitas tampoco dejaba otra salida, el bajón de eso... mejor morirse. Y no vamos a ir a buscar a Mariam, sus razones tendrá para haberse marchado. Tampoco quiero abusar más de tu paciencia, hay que saber dejar un cuento, aburrirse de una historia. Hay que saber pasar a otra cosa.